

La identidad intencional

Sasha Volkoff

Parques de Estudio y Reflexión,
Òdena, junio 2018

«Nombrador de mil nombres, hacedor de sentido,
transformador del mundo..., tus padres y los padres de tus
padres se continúan en ti. No eres un bólido que cae, sino una
brillante saeta que vuela hacia los cielos. Eres el sentido del
mundo y cuando aclaras tu sentido, iluminas la tierra»

Silo¹

«El espacio entre el Cielo y la Tierra,
¡cómo se asemeja a un fuelle!
Vacío y nunca se agota;
cuanto más se mueve, más sale de él.
Los muchos decretos acarrearán un pronto desastre;
más vale conservar un reposado vacío.»

Lao Tse²

¹ Silo, 1989: 76.

² Lao Tse, 2006: 387.

Índice

Motivaciones	4
Resumen	5
Primera parte. Identidad	6
Definiciones	6
Niveles de identidad	8
Identidad de los objetos	9
Identidad de las personas	12
Segunda parte. Ilusión	18
Ilusión e intencionalidad	18
La identificación como necesidad del pensar	19
La conciencia como dadora de significado	20
La ilusión del yo	22
Tercera parte. Trascendencia	24
La identidad está en el futuro	24
La comunión con el Todo	24
Conciencia objetiva	27
Conclusiones	28
Sintetizando	29
Anexo: la moral intencional	30
Bibliografía	31

Motivaciones

El presente trabajo pretende ser una reflexión en torno al concepto de “identidad”, y sobre todo en torno al registro que tenemos de nosotros mismos en cuanto seres con identidad individual propia.

La reflexión sobre la propia identidad es en definitiva una reflexión sobre quién (o qué) soy, una pregunta lanzada en profundidad que, tal vez, no tenga una respuesta definitiva (o al menos una respuesta que pueda ser expresada en palabras).

La mayor parte de estas reflexiones surge de intuiciones y comprensiones durante el desarrollo de la Disciplina Mental, un trabajo que realicé durante casi tres años³.

Este trabajo no está terminado, ni pretende ser una visión definitiva sobre el tema. Pero en algún momento había que cerrarlo, asumiendo que podría haber nuevas versiones así como aportes de otras personas sobre el mismo asunto.

³ La Disciplina Mental es una de las cuatro Disciplinas desarrolladas por Silo como vías experimentales de acceder a la profundidad de la conciencia, trascendiendo condicionamientos personales hacia significados universales. Las otras Disciplinas son la Energética, la Formal y la Material.

Resumen

Este escrito está organizado en tres partes.

En la primera se hace un análisis del significado de la identidad, tanto de los objetos tangibles e intangibles como de las personas. Es la parte más larga del escrito, necesaria para poder avanzar en el tema, pero la menos interesante en cuanto a sus conclusiones.

En la segunda se revisa la identidad desde un punto de vista psicológico, llegando a la conclusión de que se trata de una estructuración que tiene que hacer la conciencia humana por propia necesidad de su funcionamiento. Las consecuencias que se extraen ponen en duda algunas certezas que uno pudiera tener sobre la propia identidad.

En la tercera se entra en el terreno trascendental, cuestionando abiertamente las creencias sobre cualquier identidad individual y, en general, sobre cómo “son” las cosas. Asimismo, se abre la posibilidad a una identidad trascendental, un Ser no dependiente.

Se puede observar un cierto paralelismo con las tres cuaternas en que están organizadas las Disciplinas antes mencionadas. Según el material introductorio a las Disciplinas, «Las Disciplinas trabajan con rutinas que se repiten en cada momento de proceso (paso), hasta que el operador obtiene el registro indicado. Todo el proceso está convencionalmente organizado en doce pasos separados en tres cuaternas. Así como cada paso tiene una designación que aproxima a la idea del registro buscado, cada cuaterna señala un significativo cambio de etapa.» En el caso de la Disciplina Mental, las tres cuaternas llevan los títulos “el aprendizaje”, “la determinación” y “la libertad”.

Finalmente, también se puede rescatar algunos elementos propios del Método Estructural-Dinámico (Pompei, 2008), como son la definición de un objeto de estudio, la identidad, según unos intereses (motivaciones) y punto de vista (la intencionalidad), analizando su composición, las relaciones que se establecen entre sus componentes y una síntesis dinámica en que se revisa el pasado de la identidad y se la proyecta al futuro.

En el texto se hace un uso abusivo de las comillas; esto es una necesidad por la propia ambigüedad de las palabras, cuando se refieren a conceptos poco precisos. Es más, el objeto general del escrito pasa por demostrar la subjetividad de la idea de identidad, y por tanto, necesariamente, las palabras utilizadas tendrán una alta dosis de relatividad.

Primera parte. Identidad

En esta primera parte se analizan los elementos que sirven para conformar la identidad, intentando describirlos sin demasiado cuestionamiento.

Definiciones

Diccionario

El diccionario de la Real Academia Española contiene cinco definiciones para la palabra⁴:

1. f. Cualidad de idéntico.
2. f. Conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás.
3. f. Conciencia que una persona tiene de ser ella misma y distinta a las demás.
4. f. Hecho de ser alguien o algo el mismo que se supone o se busca.
5. f. *Mat.* Igualdad algebraica que se verifica siempre, cualquiera que sea el valor de sus variables.

Para entender la primera definición, buscamos “idéntico” y dice:

1. *adj.* Que es igual que otro con que se compara.
2. *adj.* Muy parecido.

Por lo tanto, para que algo tenga identidad (sea idéntico) es necesario que exista otro elemento con el cual comparar, y en el momento en que existen dos ya no podemos hablar de “identidad individual” en sentido estricto, sino más bien al contrario: la identidad individual me habla de la necesidad de que existan diferentes individuos.

La segunda definición nos habla de una identidad individual en diferencia con las identidades de otros individuos, o bien de una identidad colectiva, también como diferencia con otras identidades de otros colectivos.

En la tercera aparece la conciencia de sí mismo que tiene una persona, y la conciencia que tiene de no ser ninguna otra persona. Ya no se trata de la identidad de un objeto ni de un animal, sino sólo de identidades personales individuales.

⁴ <http://dle.rae.es/?id=KtmKMfe> (consultado el 17.6.2018)

La cuarta implica un ente externo que está suponiendo o buscando algo, y cuando lo encuentra dice que eso que ha encontrado es justamente aquello que esperaba.

Por supuesto no esperábamos que un diccionario nos diera todas las respuestas que queríamos, pero sirve para comenzar a centrar el tema. Resulta interesante destacar que al hablar de identidad estamos hablando de similitudes y diferencias. Dos cosas son idénticas cuando hay algo que las une y también algo que las diferencia. Un caso particular es cuando algo o alguien es idéntico a sí mismo.

Principio de identidad

El “Principio de identidad” es «un principio clásico de la lógica y la filosofía, según el cual **toda entidad es idéntica a sí misma**. Por ejemplo, [...] el Sol es idéntico a sí mismo, esta manzana es idéntica a sí misma, etc. El principio de identidad es, junto con el principio de no contradicción y el principio del tercero excluido, una de las leyes clásicas del pensamiento.»⁵

Este principio se expresa como “ $A = A$ ”. Como se puede ver, A es igual (o idéntica) a A, pero al mismo tiempo es inevitable expresarlo como una comparación de dos términos, con lo cual se incurre en la contradicción de que la primera A no es la segunda A, sino que se establece una relación de identidad entre ellas.

Otra manera de expresar este principio es decir que A es distinto de todo aquello que no es A. Es decir, se define a un elemento diciendo que es distinto a todos los demás elementos; lo podemos expresar como “ $A \neq \text{no } A$ ”. No obstante, si aceptamos esta manera de definirlo, podemos concluir que A es definible por aquello que no es A, o sea “ $A = \text{no } A$ ”.

Todo este juego de lógica nos indica que el concepto de identidad, que es algo que utilizamos permanentemente en nuestra vida cotidiana (y de hecho sin él no podríamos vivir) no es en absoluto fácil de definir, sino que se nos presenta como bastante inasible y discutible en sus definiciones.

Silo nos habla también del Principio de identidad (Pompei, 2008: 31-32), aunque reformulado en cuatro principios:

Principio de experiencia: «No hay ser sin manifestación.» De aquí se desprende que no podemos hablar de aquello de lo cual no tengamos alguna manifestación. No podemos dar cuenta de un objeto si no hay un acto referido a él.

Principio de graduación: «Lo que “es” y lo que “no es” admiten distinto grado de probabilidad y certeza.» Indica que las cosas no son “verdaderas” o “falsas”, sino

⁵ https://es.wikipedia.org/wiki/Principio_de_identidad (consultado el 17.6.2018)

que se puede reconocer un continuo de probabilidad entre lo que “es” y lo que “no es”.

Principio de no contradicción: «No es posible que algo “sea” y “no sea” en el mismo momento y en el mismo sentido.» Una cosa puede ser diferente a sí misma si cambia el momento o el sentido en que la consideramos.

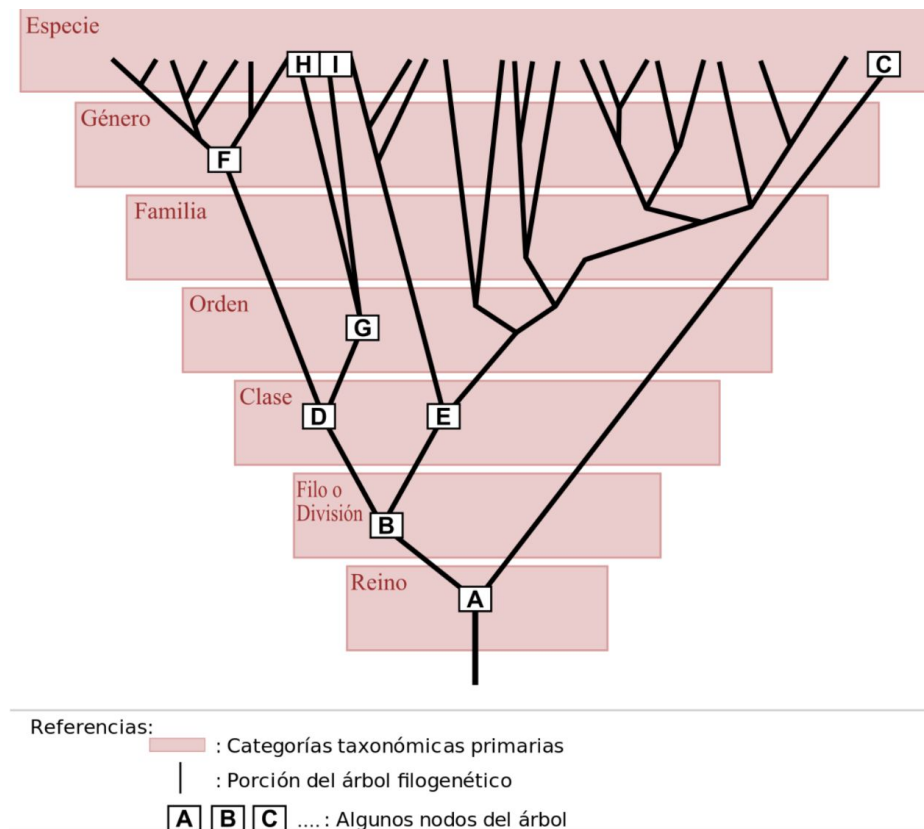
Principio de variabilidad: «Lo que es, “es” y “no es” idéntico a sí mismo según se lo considere como momento o como proceso.» Es similar al anterior en otro contexto y explica que, considerado como momento, lo que “es” es idéntico a sí mismo, pero considerado como proceso “no es” idéntico a sí mismo. Dicho de otro modo, un objeto no es el mismo si lo consideramos en diferentes momentos.

De estas últimas definiciones se desprende una mayor precisión y al mismo tiempo una mayor “volatilidad” del concepto de identidad.

Niveles de identidad

Podemos hablar de identidad en al menos dos niveles diferentes, una identidad grupal y una identidad individual. Ciertamente es que la física nos enseña que todo está compuesto por partes, hasta llegar a las partículas subatómicas, sobre las cuales de momento no se puede asegurar nada en cuanto a su composición; por tanto, se podría decir que todo individuo es en realidad es una agrupación de otras individualidades. Pero convengamos en que nos solemos mover con objetos y personas a las cuales otorgamos una existencia individual (mi perro no es un cúmulo de átomos ni es cualquier perro, así como tampoco mi cama es cualquier cama, a pesar de que haya millones de camas iguales). Aceptemos por tanto, al menos de momento, la existencia de una identidad individual, no sólo de las personas sino también de los objetos.

Hay categorías de identidad, como por ejemplo las definiciones taxonómicas:



Según esta clasificación, u otras de características similares, una piedra no es un animal, un león no es una jirafa, etc.; se trata de entes genéricos distintos. Podemos profundizar más o menos en la clasificación, pero siempre acabaremos asignando una categoría a cualquier ente existente.

En el nivel individual, un individuo se diferencia de otros individuos de la misma categoría. Así, este león no es aquél león, esta piedra no es aquella piedra, yo no soy otra persona. Se trata de entes clasificados igual, pero distintos individuos.

Aunque parezca una obviedad, es imprescindible destacar que las categorías no existen por sí mismas, sino que hay alguien que las ha definido; a su vez, gracias a que a veces estas definiciones tienen consenso, es posible la comunicación y el entendimiento (si no hubiera acuerdos sobre categorías identitarias la comunicación humana sería imposible). Cuando no hay consenso se dificulta la comunicación, aunque gracias a estos casos podemos comprobar fácilmente la subjetividad inherente a toda clasificación.

Identidad de los objetos

Podemos dividir a los objetos en *externos* e *internos*, siendo estos últimos “objetos de conciencia”, diferentes de los “actos de conciencia”.⁶

Dentro de los externos, además, podemos diferenciar objetos *tangibles* (una mesa, una silla, etc.) de objetos *intangibles* (el mismo concepto de identidad, el amor, el

⁶ Sobre este punto profundizaremos en la segunda parte.

odio, etc.), y entre los tangibles podríamos diferenciar a los *vivos* (personas, animales, plantas...) de los *no vivos* (piedras, plásticos...). Estoy haciendo una clasificación que, como la mencionada en el punto anterior, es subjetiva, pero me permite avanzar en el discurso.

Alguien podrá decir que los objetos intangibles no son externos, porque no existen fuera de nosotros; en este caso, los he clasificado así porque nos referimos a ellos habitualmente como si fueran algo ajeno a nuestra interioridad, algo que tiene existencia por sí mismo; les damos nombres y hablamos con otras personas sobre ellos, asumiendo que cuando hablamos de un sentimiento o un concepto la otra persona sabe a qué nos referimos porque siente o comprende lo mismo, aunque en realidad ninguno de los dos puede comprobar esta asunción. Cuando hablamos de emociones o ideas lo hacemos poniéndolas fuera de nosotros mismos, con una existencia independiente.

En cuanto a los objetos internos, los “objetos de conciencia”, se trata de las imágenes que existen en nuestro “espacio de representación”, que es el “lugar” donde la conciencia efectúa todas sus operaciones⁷. Todos los objetos externos a los cuales podemos referirnos tienen su correspondencia como objetos internos, representaciones de la conciencia.

Tal como hemos visto en la clasificación por categorías, con los objetos tangibles externos ocurre que su definición es igualmente arbitraria. Un ejemplo sencillo puede ser el de una lámpara o un coche, que a su vez están compuestos por otros objetos, que pueden estar compuestos por objetos más pequeños aun, y así siguiendo. Incluso llegando al objeto más pequeño, podemos dividirlo en partes, moléculas, átomos, partículas subatómicas, etc.

Imaginemos ahora una mesa con cuatro patas. Si le quitamos una pata, diremos que es una mesa a la que le falta una pata; si le quitamos dos, diremos que es una mesa a la que le faltan dos patas; si le quitamos la tercera, aún podemos decir que es una mesa a la que le faltan tres patas; finalmente, si le quitamos la cuarta y

⁷ Definición de **espacio de representación**: «Especie de “pantalla mental”, en la que se proyectan las imágenes, formada a partir de los estímulos sensoriales, de memoria y de la actividad misma de la conciencia como imaginación. En sí mismo y además de servir de pantalla de proyección, está formado por el conjunto de representaciones internas del propio sentido cenestésico, por lo que corresponde exactamente a las señales del cuerpo y se lo registra como la sumatoria de ellas, como una especie de “segundo cuerpo” de representación interna. El espacio de representación tiene gradaciones en dos planos y, además, volumen y profundidad, siendo esto precisamente lo que permite ubicar, según el emplazamiento de la imagen, si los fenómenos han partido del mundo interno o externo, produciéndose, a veces, la ilusión de que la representación es externa al espacio de representación (siempre interno). A medida que se desciende de nivel de conciencia, aumenta en dimensión, profundidad y volumen, coincidentemente con el aumento del registro del intracuerpo y, a medida que se asciende a vigilia, tiende a aplanarse tomando distintas características según los niveles actuantes. El espacio de representación está sometido también a los ciclos o biorritmos que regulan a toda la estructura humana. No existe espacio de representación vacío de contenidos, y es gracias a las representaciones que en él se formalizan que se tiene registro de sus actividades.» (Ammann, 1991: Vocabulario 225-226.)

última, dependiendo de la forma de la parte superior de la mesa original, ya no sabremos si se trata de una mesa a la que le faltan las patas, o es simplemente un tablero. Lo mismo nos pasará con las patas; si las dejamos al costado de la mesa a medida que las vamos quitando, diremos que son las patas que le faltan a la mesa; si las metemos en un armario, quien se las encuentre no sabrá “para qué sirven esos palos”. ¿Un tablero con un palo enganchado es una mesa rota?, ¿si unimos por las puntas los cuatro palos que hacían las veces de patas de una mesa, pasan a ser un único palo más largo o siguen siendo cuatro palos...? Si ponemos una puerta sobre unos caballetes, ¿la puerta se ha transformado en una mesa? Y si rompemos la mesa con un hacha y la ponemos al fuego, ¿la mesa se ha transformado en leña?

El caso de los objetos intangibles externos, como la justicia, la libertad, el resentimiento, etc., es incluso más complejo. En este caso la división no es fácilmente practicable, pero tampoco lo es su definición ni sus límites. Lo que para unos es justicia para otros es venganza; lo que para unos libertad para otros es caos; lo que para unos es amor para otros es posesión, etc. Para estos casos es más útil utilizar prototipos en lugar de una clasificación, pero los prototipos tienen límites difusos.

Lo que interesa destacar es que, hablando de objetos externos, una aproximación ingenua nos indica que éstos tienen su propia identidad, pero en cuanto rascamos un poco la superficie descubrimos que esa supuesta identidad propia varía de una persona a otra. Como ya dijimos respecto de las categorías, siempre hay alguien que “otorga” identidad a los objetos, que les pone un nombre y les da un significado, y gracias al consenso generado en torno a estas definiciones es que podemos comunicarnos entre las personas. Pero es una ingenuidad creer que cuando hablamos de un objeto todos lo percibimos de la misma manera.

Con los objetos de conciencia parece más evidente que se trata de objetos puramente subjetivos. Si dos personas cierran los ojos y se les pide que imaginen un árbol, cada uno imaginará un árbol distinto; incluso aunque se les precisaran los detalles de ese árbol, nunca llegarían a ser exactamente iguales. Si este objeto de conciencia se refiere a un intangible la diferencia será mayor; si pedimos a esas dos personas que representen la justicia, cada uno lo hará a su manera, igual que si les pedimos que sientan amor u odio.

Identidad de las personas

Identidad individual

Nacimiento de la identidad individual

Yo sé quién soy. Sé cuál es mi nombre, si me miro al espejo me reconozco, puedo reconocer mi voz, me acuerdo de cuando era pequeño... no cabe duda de que yo soy yo. Pero, ¿cuándo comencé a reconocerme a mí mismo? No fue en el momento del nacimiento, en que no podía diferenciar entre yo y mi madre, sino tiempo después, a medida que mi autonomía fue desplegándose poco a poco. Empecé a reconocer mis sensaciones como mías, como algo que me era conocido, una cierta “sensación de mí mismo” inconfundible; luego, empecé a tener memoria; al principio, seguramente no sabía que eso que me venía a la cabeza eran recuerdos, ni que yo era el protagonista en ellos. Pero con el tiempo me fui dando cuenta de que aquel a quien siempre recordaba era yo mismo. Un día reconocí mi cuerpo, ese límite existente entre “adentro” y “afuera”.

Más adelante, esta identidad mía se amplió con aquellos elementos del ambiente que me rodeaba, empezando por mis padres y las personas más cercanas, siguiendo por la casa y los lugares que solía frecuentar. Así fue surgiendo “mi” casa, “mi” escuela... El mundo empezó a dividirse entre aquello que tenía que ver conmigo, que formaba parte de mi vida, y aquello que era nuevo, desconocido.

En paralelo con estos descubrimientos, fui aprendiendo a diferenciar los objetos que me rodeaban; en primer lugar, a distinguirlos de mí mismo; en segundo, a distinguirlos entre sí: este osito no es este perrito, ni es este conejito; esta persona no es mi madre, ni mi madre es mi padre. Y, claro, así como fui reconociendo objetos alrededor mío, descubrí que algunos eran personas como yo (o al menos que tenían cuerpos similares al mío, y que podía interactuar con ellos).

El cuerpo

Por fin, tuve clara conciencia de mi cuerpo como aquello que marca el límite entre yo y el mundo. De la piel para adentro soy yo, de la piel para afuera es el mundo. Sobre mi cuerpo tengo un control inmediato; cuando quiero mover una mano ésta se mueve inmediatamente, sin ser capaz ni siquiera de diferenciar el momento en que decidí moverla y el momento en que esta comenzó a moverse. Es claro que no tengo dominio absoluto de mi cuerpo; a veces quiero hacer cosas que no puedo, o no me salen como tenía previsto. Y por supuesto que a veces en mi cuerpo pasan cosas, como las enfermedades y los dolores en general, que no me gustaría que pasaran pero que no puedo controlar. Aún así, creo que estas cosas son fallos o limitaciones, pero en ningún caso pongo en duda que quien está al mando de mi cuerpo soy yo.

Para confirmar mi dominio sobre el cuerpo, y también reafirmar mi identidad, puedo decorarlo. Desde lo más externo y variado como la ropa hasta objetos más permanentes como anillos, pendientes, joyas, gafas, etc., llegando hasta la cuasi permanencia con los tatuajes. Además, como siempre llevo mi cuerpo conmigo, no sé si soy “un algo etéreo” (¿un alma?) con cuerpo, o si soy la suma de ambas cosas, o sólo un cuerpo que se auto-tatúa (y que a veces cree ser o tener un alma...).

¿Qué pasaría si trasplantaran mi cerebro a otro cuerpo, y a su vez pusieran el cerebro de otra persona en mi cuerpo? ¿Diría que soy yo en otro cuerpo, o diría que tengo un cerebro distinto al que tenía? Cuando imagino esta situación pienso que la memoria se va con el cerebro, pero algunas investigaciones ponen esto en duda, ya que la memoria podría estar repartida por el cuerpo e, incluso, fuera de éste. De hecho, todos tenemos experiencia de que determinados movimientos corporales, a fuer de ser repetidos, se convierten en automáticos. Si una persona sufre amnesia, no por ello se olvida de caminar, por ejemplo. El ejercicio del trasplante, que de momento sólo puede ser imaginario, sirve para preguntarse dónde se ubica “uno”. En las películas que tratan el tema, y hay muchas, siempre el sujeto se siente en otro cuerpo, o sea que actúa como un “cerebro con patas”. Yo sospecho que la cosa sería más compleja si sucediera realmente.

Hacia afuera, mi cuerpo me permite interactuar con aquello que me rodea. Hay objetos muy cercanos a los cuales siento bastante “míos”, como mi ropa, pero sé que sobre estos no tengo el mismo control que sobre mi cuerpo. Toda mi actividad en el mundo se ejerce a través del cuerpo; en particular, la actividad relacionada con las otras personas también se ejerce a través del cuerpo de los demás. Sea lo que fuere que soy, es el cuerpo el vehículo que tengo para actuar; sin embargo, pensar que no soy más que eso me resulta poco, porque, entonces, ¿cuál sería la diferencia con cualquier otro ser vivo?, ¿y qué diferencia cualitativa habría con aquello que supuestamente no está vivo? Quiero decir, si sólo soy mecánica corporal, mero reflejo físico de un determinismo fijado en el Big Bang, nada tendría sentido; estas mismas palabras ya habrían sido programadas hace miles de millones de años, así como todo lo pasado y lo por venir, en una fría y absurda mecánica astronómica. Reducir la novena sinfonía de Beethoven a una sucesión de vibraciones que se suceden unas a otras sin solución de continuidad, o el David de Miguel Ángel a unos átomos que forman moléculas que acaban formando un trozo de mármol de varios metros de altura, suena un poco deprimente y también falso, ya que ambas obras nos provocan sensaciones físicas y emociones que nos resultan placenteras. Sin duda que estas sensaciones no están en la obra expuesta sino en quien la admira (y sino pregunten a mi hámster qué siente frente al David), aunque tampoco sentimos lo mismo frente a cualquier escultura o música. O sea que tenemos un sujeto y un objeto al cual nos referimos, pero la magia sólo se produce cuando ambos se encuentran.

La biografía

Yo no sería yo sin mi biografía personal. A veces he hecho el ejercicio de imaginar que nacía en otro lugar y otro tiempo; entonces no sería yo... pero no es posible que no sea yo, uno siempre es uno. ¿Sería yo en otro lugar, o sería otra persona, que también se siente “yo”? Es como intentar imaginar dónde estaría uno si no hubiera nacido, o imaginar que uno es otra persona; por mucho que lo intente, uno no puede dejar de imaginarse a sí mismo tal como es, con algunos pequeños cambios superfluos. Puedo intentar ponerme en el lugar de otro, pero siempre seré “yo en el lugar del otro”, nunca seré “el otro”. Nuestra personalidad, nuestra forma de ver el mundo, es en un altísimo porcentaje resultado de nuestra biografía, o más exactamente, de cómo vivimos lo que nos pasó y cómo lo recordamos. Con otra biografía, ¿seríamos otras personas, o seríamos los mismos pero distintos?⁸ Dependerá de dónde pongamos la esencia de nuestra persona, si es que ésta existe.

Identidades colectivas

La identidad cultural

En los primeros años de mi niñez, empecé a descubrir que compartía con otras personas muchos aspectos que resultaron ser factores identitarios, que formábamos parte de una misma colectividad; este descubrimiento se reforzó cada vez que encontré personas de otras colectividades, con otros vestidos o costumbres, en cuyo momento se destacaban las diferencias. Hacia el fin de mi niñez y durante la adolescencia se formó aquello que luego reconocería como “paisaje de formación”⁹, un contexto cultural lleno de objetos particulares, y sobre todo ciertos valores y creencias, con un significado cultural preciso. Ya no soy “yo-individuo” frente al mundo, sino “yo-individuo con un bagaje cultural” frente a un mundo diverso que a veces comparte elementos culturales conmigo y otras veces no.

Ya no me siento solo, a veces incluso puedo reconocerme en otros, pero al mismo tiempo ya no me siento tan original; soy un “producto cultural” de una cultura que he heredado sin haberla elegido.

La identidad cultural se construye con la memoria colectiva, que se manifiesta oralmente, por escrito, en objetos y más recientemente con imágenes (visuales o auditivas) grabadas, y una cierta mirada significativa sobre el mundo; análogamente, mi identidad individual se constituye con mi propia memoria y un

⁸ Cuando nos bañamos dos veces en un río, ¿es el mismo río que ha cambiado, o son ríos distintos? Esta discusión ya se daba en los inicios de la Grecia clásica entre Heráclito y Parménides.

⁹ Para una ampliación del concepto de “paisaje de formación”, ver Ammann, 1991: Epílogo 194 y ss.

cierto tono cenestésico propio, una particular manera de sentirme a mí mismo y de sentir al mundo. Los significados otorgados al mundo por mi propia mirada no son exactamente los heredados culturalmente, pero tienen muchos puntos en común con estos; diríamos que la cultura tiñe fuertemente mi mirada.

A la biografía, individual, se corresponde el paisaje de formación, constituido con elementos del paisaje cultural y social. El ambiente cultural, en tanto ámbito mayor en que estoy inmerso, me condiciona sin llegar a determinarme¹⁰. Puedo rebelarme frente a lo que me han intentado enseñar, aceptando ciertos valores y rechazando otros, y de hecho esto se suele hacer durante la primera juventud, como parte de la afirmación de la propia identidad. Por lo tanto, no soy esclavo ni simple reflejo de mi cultura, pero tampoco puedo desprenderme de ella sin más. En una suerte de bucle infinito, no puedo dejar de ver las cosas desde mí, pero este sujeto que mira ha sido y sigue siendo influido a su vez por otras miradas y acciones.

Tampoco será igual la preponderancia de los aspectos individuales o colectivos según el lugar en que me haya formado. O sea que esta sublimación de la individualidad, tan característica de la cultura europea, no deja de ser un aspecto cultural no necesariamente elegido por los individuos. ¿Cuál sería mi visión del mundo si hubiera nacido en un ambiente social completamente distinto del que nací, en que lo colectivo primara por sobre lo individual? Sin duda sería distinta, pero... ¿seguiría siendo yo mismo?

Así como la cultura en la cual estamos incluidos condiciona nuestro pensamiento, el mundo tangible que nos rodea, y del cual formamos parte, también lo hace y aun más fuertemente. En el extremo subjetivista, el mundo y todo lo que conocemos es fruto de la subjetividad de la conciencia; en el otro extremo, objetivista, nuestra conciencia no es más que el resultado determinista de una combinación azarosa de elementos físicos.

Aun aceptando que cuando una persona nace, lo hace dentro de una cultura, la cual hereda, esta misma cultura irá cambiando a lo largo de su vida, del mismo modo que cambiará el individuo durante su transcurrir. Ortega dice que «el acto específicamente cultural es el creador, aquel en que extraemos el *logos* de algo que todavía era insignificante» (Ortega y Gasset, 1984: introducción), o sea que la cultura se crea a partir de nuestras acciones, que no se limitan a ser meramente repeticiones *ad eternum* de lo heredado; si aceptamos esto, la cultura deja de

¹⁰ La diferencia entre “determinación” y “condicionamiento” es que mientras la primera me impide hacer cualquier cosa que no sea la determinada, la segunda me impone unas condiciones, me empuja en una dirección, pero si hago la fuerza suficiente puedo llegar a sobrepasar esas condiciones y tener libertad de elección. Por ejemplo, la conciencia está determinada a trabajar con objetos; sin ellos no puede haber conciencia, porque ésta siempre es “de algo”; en cambio, el paisaje de formación condiciona mi mirada, me fuerza a ver las cosas desde un cierto prisma; sin embargo, haciendo un esfuerzo consciente puedo llegar a sobrepasar esa mirada y aprender a ver más allá.

tener cualquier ilusión de identidad permanente. Por tanto, propiamente, habrá tantas culturas como individuos y, lo que es más grave, para un mismo individuo la cultura no será la misma al nacer, durante su adolescencia, su madurez o su ancianidad.

La identidad humana

Yendo más allá de lo individual y lo cultural, puedo descubrir una identidad global, sentirme parte integrante de la especie humana, uno más en un mundo poblado de iguales; puedo reconocer mis diferencias con otros, pero también ver aquello que nos es común, esa “unidad psíquica de la humanidad” que me conecta con mis contemporáneos e incluso con nuestros antepasados.¹¹ Desde esos primeros homínidos de hace millones de años, desde Lucy, hasta el futuro desconocido, pasando por el presente de sufrimiento y felicidad desigualmente repartidos.

En su monumental obra “Estudio de la historia” (Toynbee, 1970), el autor relata que quería escribir una historia de Inglaterra, pero al poco de empezar se dio cuenta de que no podía hablar de Inglaterra sin mencionar las relaciones que este país mantenía con otras naciones. Así, Toynbee perfiló el concepto de “sociedad” o civilización, asumiéndolo como mínima unidad de estudio, e incluyó a Inglaterra dentro de la sociedad cristiana occidental. Sin embargo, al final de la obra, luego de décadas de trabajo, Toynbee concluye poniendo en duda que una civilización pueda ser estudiada aisladamente, dando a entender que la unidad mínima de estudio debería ser la humanidad al completo.

Esta identidad humana es característica de la época actual, en que las barreras nacionales y culturales ceden ante otras identidades transversales, como puede ser la identidad generacional, de género o incluso la ya antigua identidad de clase. Por supuesto que no hablamos de algo omnipresente, sino de un proceso dinámico que se va abriendo paso a caballo de los avances comunicacionales. Estamos atravesados por multitud de identidades colectivas superpuestas, cuyo grado de adscripción depende de las preferencias y criterios particulares. Puedo sentirme catalán, cristiano, antisistema, joven, etc., según me dicten mis convicciones y mi posición, así como también puedo aplicar etiquetas a otros según mis propios criterios: moros o cristianos, antisistema o prosistema, y así siguiendo. Siempre se puede dividir a las personas en grupos, lo difícil es ponerse de acuerdo en el criterio de selección.

¹¹ A este respecto, es interesante la experiencia descrita por Jung (1955) con los mandalas dibujados espontáneamente por sus pacientes europeos y su semejanza con los mandalas orientales.

Más allá de lo humano

Hay quienes van más allá y se identifican con todos los seres animados, o con todas las posibles conciencias que puedan habitar en el universo. Es propia de esta época la identidad planetaria, ese sentimiento de unión que surge con “la madre naturaleza”, el planeta Tierra, el ecosistema, Gaia o como lo llamemos. Incluso en algunos casos esta identificación va en detrimento de la identidad como humanos. Con un punto de vista opuesto, puedo descubrir iguales entre aquellos habitantes de otros mundos aun no descubiertos, aquellos con quienes comparto el tener conciencia. En el primer caso lo relevante es el ecosistema que nos ha permitido vivir, mientras que en el segundo lo es la característica de ser humano. Unos parece que miraran más de dónde venimos mientras que los otros se apoyaran más en lo que somos.

Finalmente, hay ciertas experiencias, relatadas por místicos de distintos lugares y momentos, en que uno se puede sentir identificado con todo lo existente, tanto si lo consideramos vivo como si no. Puedo llegar a esa identificación con “Dios”, o con “el Todo”, tan cara a los místicos, en la cual uno y todo somos lo mismo en su última raíz, una experiencia extática de comunión con lo inconmensurable.

Segunda parte. Ilusión

En esta parte se hace un análisis de los mecanismos de conciencia utilizados para crear la ilusión de identidad.

Ilusión e intencionalidad

La palabra “ilusión” en este contexto suele tener una connotación negativa, que algo ilusorio es algo irreal, falso. Yo veo la ilusión, intentando seguir la tradición budista, como el resultado de las operaciones que la conciencia efectúa con el mundo. Así, **todo lo que percibimos y construimos en nuestra conciencia es, necesariamente, ilusorio**. Nada es tal cual lo vemos. La ilusión es consecuencia del mecanismo de intencionalidad¹², en el cual los actos de conciencia (*nóesis* según la terminología de Husserl) se encuentran con objetos de conciencia (*noemas*) produciendo “fenómenos”, que es aquello con lo que la conciencia opera (Husserl, 1997: Libro primero, párrafos 85, 86 y 96).

Normalmente se asume que las cosas “son” de una manera objetiva, pero lo cierto es que esto no es comprobable, por cuanto *siempre* tiene que haber un sujeto, una conciencia, que dé cuenta de esa cosa, y que por tanto propiamente no puede hablar de la cosa en sí sino del fenómeno correspondiente. Si no hay ningún sujeto refiriéndose al objeto, es como si éste no existiera.

Ejemplo: Estoy sentado en el campo; delante mío veo un árbol, alrededor mío oigo el sonido de los pájaros y de las hojas mecidas por el viento; huelo el césped recién cortado mientras saboreo el gusto de unos palitos de hierba que estoy masticando; siento el viento sobre la piel de mis brazos, al mismo tiempo que soy consciente de la postura de mi cuerpo sentado en un banco, y del ruido que hacen mis tripas por el hambre que empiezo a sentir.

Todas estas sensaciones están entrando por mis sentidos al mismo tiempo, y eso conforma un “estado particular” de mi ser en ese preciso instante, distinto al estado en que podría estar otra persona sentada a mi lado. Pero incluso aunque pudiéramos aislar cada sentido (cosa imposible en la práctica) y ambos estuviéramos mirando el mismo árbol desde el mismo ángulo, nunca podríamos afirmar que vemos “exactamente” lo mismo. Claro que si nos ponemos a hablar nos pondremos de acuerdo en el tipo de árbol, en el color de sus hojas, en su

¹² Definición de **intencionalidad**: «Mecanismo fundamental de la conciencia, mediante el que ésta mantiene su estructuralidad al ligar actos con objetos. Esta ligazón no es permanente y esto es lo que permite la dinámica de la conciencia, al existir actos en busca de objetos. Esta intencionalidad siempre está lanzada hacia el futuro, lo que se registra como tensión de búsqueda, aun cuando trabaja revirtiendo sobre acontecimientos pasados. El ordenamiento de tiempos que se efectúa en este juego intencionalidad-evocación, es más eficaz si se efectúa desde el nivel vigílico.» (Ammann, 1991: Vocabulario 304.)

altura, etc.; más difícil será acordar sobre su belleza, o su frondosidad, u otros aspectos más subjetivos. En cualquier caso, el árbol se me representa en la conciencia de una manera particular, distinta a la representación que podría hacerse cualquier otra persona. Este árbol que yo veo es distinto al que ven los demás, y por tanto es ilusorio en cuanto tal. Alguien podría decir que el árbol “real” no es tal cual lo vemos ninguna persona, pero lo cierto es que ese “árbol real” es imposible de conocer, puesto que si todas las conciencias ven su propio árbol “ilusorio”, ¿quién será capaz de ver el árbol “real”? Si decimos que una máquina lo verá tal cual es, luego resulta que quien vea el resultado de esa máquina siempre será una persona, con lo cual nos seguiría siendo imposible ver el árbol “real”. En este punto es lícito preguntarse: ¿existe ese “árbol real”?

Ahora bien, esta inevitable ilusión en la cual nos movemos es también la aptitud que tiene la conciencia para poder operar sobre el mundo. **La ilusión es la consecuencia de un acto intencional, en cuanto que es un producto de la intencionalidad.** Gracias a que puedo ver el árbol de manera particular, es que puedo imaginarlo de cualquier otra manera. Si puedo hacer esto con un simple árbol, mucho más será lo que podré hacer con una sociedad (sus relaciones laborales, su organización política, su economía, etc.). Gracias a que cada uno ve la sociedad a su manera particular es que podemos imaginarnos otras sociedades posibles. Podemos cambiar las cosas gracias a que podemos imaginarlas distintas de cómo son (o al menos de cómo las vemos la primera vez). Por tanto, “la ilusión es la aptitud que tiene la conciencia para representar el mundo de una manera intencional”.

El título de este escrito, “La identidad intencional”, se podría haber escrito como “La identidad ilusoria” pero su connotación sería muy distinta, a pesar de que, según esta explicación, el significado sería el mismo.

La identificación como necesidad del pensar¹³

Me parece útil revisar el mecanismo de identificación, base del concepto de identidad, como necesidad psíquica de la conciencia que se encuentra en la raíz del pensar. **La conciencia siempre es conciencia de algo, necesita un objeto que sea el destino de sus operaciones;** para ello necesita diferenciar al sujeto pensante de los objetos pensados, y necesita diferenciar los distintos objetos entre sí. En otras palabras, para poder pensar es necesario identificarse a sí mismo e identificar a los distintos objetos.

¹³ Cuando hablamos de “pensar” no nos referimos a la reflexión profunda ni nada por el estilo, sino al simple acto de la conciencia de representar. Así, puedo decir “pienso en mi padre” y con esto no quiero decir que estoy reflexionando sobre su persona, sino simplemente que lo he recordado o imaginado. Básicamente, “pensar” equivale a “representar de manera estructurada”.

Así, en un primer momento, de diferenciación, el pensar opera creando diferencias; siempre se piensa “en algo”, siempre hay un objeto del pensar, y para que esto pueda ocurrir es necesario diferenciar este objeto de otros objetos. Si pienso en el concepto de identidad, o en un ordenador, tengo que diferenciarlo de otros conceptos, de otros objetos. Pero para poder hacer algo con el objeto pensado, necesito relacionarlo a su vez con otros objetos diferenciados; este es un segundo momento, de complementación, en el cual relaciono el objeto que es foco de mi pensamiento con otros objetos. Pero al establecer relaciones en realidad estoy operando nuevamente con diferencias, puesto que determinar un tipo de relación implica diferenciarlo de otros tipos de relación. Finalmente, en un tercer momento, de síntesis, puedo elaborar un nuevo objeto o concepto, que sea consecuencia de la elaboración de las diferencias y las relaciones anteriores. Si pienso en un micrófono, y lo relaciono con otros objetos como unos altavoces, una sala y un auditorio, cada uno con un tipo de relación particular, llego finalmente a una estructura sintética que puedo definir como “conferencia”.

Por supuesto que estos tres momentos de diferenciación, complementación y síntesis operan simultáneamente, al igual que los tres tiempos de conciencia: pasado, presente y futuro. Estos tres tiempos están siempre presentes, aunque sea de manera copresente; lo mismo ocurre con los tres momentos del pensar, que están actuando en todo momento, aunque en distintos instantes se esté focalizando en la diferenciación, la complementación o la síntesis.

En definitiva, **la conciencia necesita crear identidades para poder funcionar**. Sin identidad no habría conciencia, y todo no sería más que un caos amorfo. La primera identidad que la conciencia debe establecer está referida a ella misma, diferenciándola de aquello que no es conciencia, que podemos llamar “mundo”. Se establece así la relación sujeto-objeto o conciencia-mundo. Hecha esta primera diferenciación, es necesario seguir estableciendo diferencias entre objetos de ese mundo. Esta segunda diferenciación ya no será tan automática ni uniforme, ya que es la propia conciencia la que establece las diferencias, o determina las identidades, utilizando para ello toda la información con que cuenta.

La conciencia como dadora de significado

Estamos acostumbrados a que las cosas tenga un significado en sí mismas. Esto es así porque cuando nacemos y nos vamos formando en la infancia, vamos descubriendo objetos (externos o internos, tangibles o conceptuales, eso da igual) que tienen un significado. Aprender esos significados se supone que es nuestra tarea, y de hecho el recorrido escolar está pensado fundamentalmente para enseñar a los niños cuál es el significado correcto de las cosas. No obstante, realmente es la propia conciencia la que otorga “todos” los significados; las cosas por sí mismas no tienen un significado, sino que siempre es la conciencia (“una”

conciencia) la que le da el significado. Es fácil entender esto si pensamos en los nombres, que evidentemente no es algo que venga “pegado” a los objetos, sino que alguien, en algún momento, les dio un nombre, que además es distinto según el idioma. En última instancia, la comunicación verbal es posible porque hay un acuerdo sobre los significados “estándar” de las cosas, pero nada nos obliga a asumir ese significado como el único posible.

Siendo así de volátiles los significados, cuando hablamos de identidad estamos hablando de un significado de la conciencia, con todo lo que ello conlleva. La identidad es aquello que me permite designar un objeto, sea externo o interno, inerte o vivo. Una mesa es tal porque tiene identidad (significado) de mesa; mi vecina Juanita es tal porque tiene esa identidad. Pero estas identidades no existen *per se*, sino que siempre hay una subjetividad que las define como tales. Si hablamos de objetos tangibles, podemos acordar que hay unas leyes físicas que mantienen a los átomos y las moléculas unidas entre sí gracias a unas fuerzas nucleares que están operando; no obstante, también debemos acordar que todo objeto tangible sufre cambios merced al contacto con otra cosa que no es el propio objeto. No existen objetos permanentes por muy larga que sea su duración; los seres vivos en algún momento mueren, así como los objetos inertes también sufren transformaciones a lo largo del tiempo. Por tanto, una mesa es tal “porque alguien la ha definido de ese modo”; mi vecina Juanita es tal “porque yo la reconozco como tal, y también ella y otros”. **No existe identidad si no hay una conciencia referida a ella**, ni se da en el vacío sino en referencia a otros elementos (algo no puede existir si no existen a su vez otros elementos que no son ese mismo algo).

En particular, cuando hablamos de identidad personal, estamos hablando de un reconocimiento de sí mismo en ciertas representaciones de conciencia. Solo los objetos pueden tener identidad, pero nosotros somos sujetos. Por tanto no podemos tener identidad en cuanto sujetos sino sólo como objetos (de conciencia) en nuestras propias representaciones. Esto que parece un trabalenguas se puede decir de manera más simple: las demás personas tienen identidad “para mí” porque yo las reconozco como tales, de igual modo que yo tengo identidad para ellas porque me reconocen; finalmente, yo me reconozco a mí mismo y con este acto me doy identidad. Cuando digo “yo soy yo”, el primer “yo” se refiere al sujeto, mientras que el segundo “yo” se refiere al objeto representado por la conciencia. Si quisiéramos reducir esta frase a un sólo “yo”, podríamos decir “yo soy”, pero entonces no estaría definiendo qué soy, o directamente decir “soy”, que es más breve y tal vez más apropiado desde un punto de vista existencial, pero no nos dice nada sobre la identidad del que es.

Ahora bien, si es la conciencia individual la que otorga identidad a todo, desde los objetos externos hasta los internos, tangibles e intangibles, ¿qué pensar de “mi” conciencia individual? Ya que ésta tampoco deja de ser un significado de

conciencia. Por tanto, ¿deberíamos hablar de “conciencia” o “la conciencia”, sin individualizarla?

La ilusión del yo

¿Qué me hace pensar que soy el mismo ahora que cuando tenía diez años?, ¿que tengo recuerdos de esa época? Entonces, si sufriera algún tipo de amnesia, ya no podría decir que soy el mismo, con lo cual, en una reducción al absurdo, desaparecería la amnesia. ¿Tal vez soy el mismo porque sigo viviendo en el mismo cuerpo?, pero hemos visto en muchas ocasiones argumentos de ciencia ficción en los cuales una persona es trasplantada a otro cuerpo, y a nadie se le ocurre pensar que ahora esa persona ya no es la misma (de hecho, si fuera así el argumento no tendría ningún interés).

La identidad se conforma a partir de la identificación, que se da siempre con un objeto de conciencia. Al decir “yo soy yo” en realidad estoy diciendo “yo me identifico con mi propia imagen de mí”; yo como sujeto me identifico conmigo como objeto. Dada la forma de trabajo de la conciencia, esto no admite otra posibilidad: sólo puedo referirme a mí como objeto¹⁴. Y con esto tengo más que suficiente para vivir. No necesito preguntarme nada más, pero es evidente que si me pregunto algo, la respuesta no es tan sencilla. Al decir “yo como sujeto” pareciera que hay una entidad esencial sujeto, pero por lo comentado, podría ser que no hubiera nada esencial allí, sino un fenómeno cuya particularidad es tener conciencia de sí mismo.

No obstante, la existencia individual no sólo es una idea, sino que se acompaña de un registro muy claro de “ser” alguien concreto. Hay un registro sobre el cual uno se apoya, algo que parece indubitable.¹⁵ Además, me reconozco a mí mismo en objetos externos (identidad cultural), en recuerdos, en sensaciones, en mi reflejo sobre el agua... Por mucho que me cuestione todo, sigo sintiendo que “yo soy”. Por tanto, no se trata de negar el propio registro, sino de ponerlo en perspectiva. **Cuando digo que “el yo” es ilusorio, no digo que mi existencia lo sea, sino que “lo que yo creo sobre mi existencia” lo es.**

Debo insistir sobre un punto: ilusorio equivale a intencional. La ilusión se produce cuando la conciencia representa los objetos en su espacio de representación; esto no es un fallo, sino una característica indispensable e ineludible. Todos los estímulos que la conciencia recibe a través de los sentidos son representados como imágenes, y a su vez estas imágenes disparan respuestas al mundo, que se ejercen a través del cuerpo. La conciencia no se relaciona con

¹⁴ Esto me puede llevar a olvidar que siempre hay un primer “yo” que es el sujeto, y como tal es un ente cuya característica principal es ser activo, mientras que el segundo “yo”, que es objeto, es necesariamente pasivo.

¹⁵ Con su *cogito ergo sum*, traducido habitualmente como “pienso luego existo”, Descartes demuestra la existencia, pero, ¿es esto suficiente para demostrar su existencia como individuo?

los objetos directamente sino a través de los sentidos, y en este sentido es que las representaciones son ilusorias; pero esta capacidad (o característica) de la conciencia de representar los objetos “a su manera” es la que da la posibilidad de actuar sobre dichos objetos, transformándolos. Y en tanto y en cuanto yo mismo soy también una representación de la conciencia, ésta puede operar sobre mí y transformarme; de hecho lo hace todo el tiempo, aunque yo no me de cuenta.

El interés de descubrir esta forma de funcionar es que me da la posibilidad de operar sobre el mundo y sobre mí mismo. La identidad tiene que ver con la libertad y la intencionalidad. Cuanta mayor conciencia tenga de lo ilusorio-intencional de mi identidad, más libertad tendré para elegir cómo quiero ser.

Tercera parte. Trascendencia

Aquí abordamos la posibilidad de trascender la propia identidad, el propio yo o la propia conciencia. Dejamos de “ser yo” para pasar a ser (o no ser) en otro sentido.

Hablamos por tanto de trascendencia de la propia persona, no sólo trascendencia como vida más allá de la muerte, aunque también está incluida.

La identidad está en el futuro

Generalmente, se tiende a pensar que la identidad de algo viene del pasado. En el caso de un niño, antes incluso de nacer ya tiene su nombre y otras señas identitarias, sobre todo a partir de que se sabe el sexo antes de parir. Más acusado es el caso de la identidad cultural: antes de nacer, es muy probable que la criatura ya tenga asignada una religión, un colectivo social, etc.

Sin embargo, según el punto de vista expuesto hasta aquí, la identidad no es algo estático ni permanente; por tanto, **la identidad no tiene que ver tanto con el origen sino con aquello hacia dónde uno va**. Uno nace con unos condicionamientos sociales muy fuertes, dependiendo del lugar de nacimiento; por lo tanto, uno tiene que conocer sus propios condicionamientos y aprender formas de superarlos, igual que el ser humano construye aviones para superar su imposibilidad de volar por sí solo. Seguramente no sea buena idea combatir todos los condicionamientos juntos, sino que será mejor elegir donde aplicar su energía; así, paso a paso, uno podrá ir superando esos condicionamientos sociales en la medida en que se va desarrollando la propia intención en el mundo.

La identidad no es algo que uno hereda pasivamente sino algo que se construye, igual que ocurre con la cultura (Ortega y Gasset, 1984: introducción). **La propia identidad es un acto de creación, es la obra de toda una vida**. Si uno no es consciente de que la identidad está en el futuro, uno tenderá a repetir aquello que conoce; de esta manera se confunde el futuro con el pasado.

Así, dentro de los límites de los enormes condicionamientos con que uno nace, más los que va adquiriendo con el transcurrir, uno tiene libertad para elegir cómo quiere ser, y tiene así la posibilidad de concretarlo.

La comunión con el Todo

Cuando la propia conciencia se fusiona con el universo, con “el Todo”, la identidad individual se disuelve en esa sensación inabarcable; uno deja de identificarse consigo mismo para pasar a experimentar el Ser universal, pero sin embargo sigue siendo algo o alguien. Ahora bien, llegado a un cierto nivel de

desidentificación, se puede efectivamente perder conciencia de uno mismo, como ocurre en el sueño profundo; allí ya no hay identificación con nada, pues la conciencia ha desaparecido; no hay recuerdos ni sensaciones. Silo lo describe así: «Si alguien pudiera suspender y luego hacer desaparecer su yo, perdería todo control estructural de la temporalidad y espacialidad de sus procesos mentales. [...] No podría comunicar entre sí, ni coordinar sus mecanismos de conciencia; no podría apelar a su memoria; no podría relacionarse con el mundo. [...] Es posible llegar a la situación mental de supresión del yo, no en la vida cotidiana pero sí en determinadas condiciones que parten de la suspensión del yo.» (Silo, 2006: 334)

Tal como se indica, no se puede vivir en ese estado de “ausencia de uno mismo”; uno siempre acaba volviendo en sí, volviendo al conocido yo. Y desde ese yo, desde esa conciencia individual, uno interpreta esa experiencia universal, así como uno siempre interpreta toda experiencia desde la propia conciencia, a través del propio mundo o paisaje interno¹⁶.

¿Qué pasa con la memoria durante las experiencias de supresión del yo?, ¿y qué pasa con los sentidos, internos y externos? Tal parece que no existieran; es evidente que el cuerpo sigue vivo, y que por lo tanto los sentidos siguen recibiendo señales tanto del mundo exterior al cuerpo como del propio cuerpo. Sin embargo, **no hay conciencia que coordine y registre esos impulsos recibidos**. Tampoco es que uno haya quedado amnésico, pues al volver en sí uno se reconoce inmediatamente, con todos los recuerdos propios, aunque de los instantes en que no ha habido conciencia no queda recuerdo alguno, sino sólo una vaga reminiscencia, acompañada de una indescriptible sensación de bienestar. Aunque ha habido una “discontinuidad” en el propio transcurrir, uno sigue siendo uno mismo, en definitiva. ¿Pero, qué es ese “uno mismo”, si durante un lapso de tiempo uno ha desaparecido, uno ha perdido conciencia del espacio y el tiempo? **Ese uno mismo es el recuerdo de sí y la continua recepción de impulsos de los sentidos**. No parece haber ninguna otra cosa más sustancial que eso.

En innumerables diálogos del Buda Gautama leemos que la conciencia es impermanente, que la conciencia es dependiente. Valgan estos pequeños párrafos como ejemplo: «la conciencia se define por la condición específica de la que surge en dependencia: si la conciencia surge en dependencia del ojo y las formas visibles, se define como conciencia visual», etc., y más adelante «es como el fuego, que arde y se define por la condición específica de la que surge en dependencia: si el fuego arde en dependencia de troncos, se define como fuego de troncos»; finalmente «al cesar este alimento, lo que ha llegado a ser, cesa». (Majjhima Nikaya, 1999: 231). El Nirvana es la máxima expresión de desidentificación, de

¹⁶ Para una ampliación del concepto de “paisaje interno”, ver Silo (1989), p. 71.

desapego; sin embargo, siempre es alguien el que accede a la experiencia del Nirvana.

Apartándonos de los místicos orientales antiguos, ya en el siglo XVII Descartes también se planteó el problema de la existencia, y lo resolvió diciendo «pienso, luego existo» (Descartes, 1986); es decir, que el sólo hecho de plantearse la cuestión ya demuestra la existencia de alguien que pregunta. Claro que probar la existencia del mundo requirió mucha más argumentación, para evitar caer en el solipsismo¹⁷.

Más recientemente, Brentano (1874) introduce el concepto de intencionalidad, que sintetiza la relación fenoménica e indisoluble que la conciencia establece con el mundo, mediante la estructura acto-objeto. La conciencia siempre es conciencia de algo; si desaparece ese algo, desaparece la conciencia. Por tanto, propiamente, no podemos hablar de la conciencia sin tener en cuenta al mundo, ni podemos hablar del mundo sin tener en cuenta a la conciencia. Así, el yo pasa a ser una encrucijada espacio-temporal, ya que su existencia depende del pasado (la memoria) y de aquello que lo rodea (los sentidos). Según esto, **el yo sería un mero epifenómeno de la conciencia, una construcción ilusoria intencional de ésta, sin la cual no podría actuar en el mundo**. Sin la identificación con el yo, la conciencia dejaría de ser tal.

Esto, que podría ser válido desde un punto de vista filosófico-existencial, también puede serlo desde el punto de vista de la física cuántica. El físico Fritjof Capra nos explica que «dentro del marco de la teoría de matriz-S [...] a todas las partículas se las considera estados intermedios de una red de reacciones, [...] de hecho, la palabra “resonancia” es un término apropiado. [...] Una resonancia es una partícula, pero no un objeto. Queda mucho mejor descrita como un suceso o un acontecimiento» (Capra, 2007: 360). Y más adelante, «bajo el punto de vista oriental, al igual que bajo el de la física moderna, todas las cosas del universo están relacionadas con todas las demás y ninguna de sus partes es más fundamental o básica que las otras. Las propiedades de cualquiera de las partes están determinadas no por una ley fundamental, sino por las propiedades de todas las demás partes. Tanto los físicos como los místicos se dan cuenta de que el resultado de esto es la imposibilidad de explicar cualquier fenómeno en su totalidad.» (ibid: 387). Tal parece que en el mundo subatómico las relaciones entre partículas son similares a las relaciones entre naciones que encontró Toynbee.

¹⁷ «**Solipsismo** es la creencia metafísica de que lo único de lo que uno puede estar seguro es de la existencia de su propia mente, y la realidad que aparentemente le rodea es incognoscible y puede, por un lado, no ser más que parte de los estados mentales del propio yo.» <https://es.wikipedia.org/wiki/Solipsismo> (consultado el 17.6.2018)

Conciencia objetiva

Llamamos conciencia objetiva a un “estado” en el cual desaparecen todas las diferencias. Esto implica que tampoco existe la conciencia ni identidad alguna, puesto que ya hemos visto que ésta necesita poder establecer diferencias para operar. No puedo hablar de “mi” conciencia objetiva, sólo de “la” conciencia objetiva. Instalado en ese nivel de conciencia, no existo como individuo. Sin embargo, la conciencia objetiva tampoco es una disolución en la nada. Podemos decir, intuitivamente, que la conciencia objetiva es un estado al cual se puede acceder desde la conciencia individual, en el cual desaparece la “necesidad” de establecer diferencias, no obstante sigue existiendo como posibilidad.

Para llegar a ese estado se debe seguir la secuencia de suspensión y supresión de la conciencia, ya descrita previamente (Silo, 2006: 334). En la medida en que se va haciendo silencio y la conciencia se va vaciando de contenidos, puede llegar un momento en que, desprovista de objetos a los cuales dirigirse, gire y se registre a sí misma; en ese momento, cuando el sujeto se encuentra a sí mismo, es cuando se produce la ruptura de nivel. Al desaparecer los objetos de la conciencia, ésta se encuentra “vacía”, y se encuentra consigo misma no ya como objeto sino directamente como sujeto. «Ese sí-mismo es lo que da sentido a la mirada y a las operaciones de la conciencia. Es anterior y trascendente a la conciencia misma. De un modo muy amplio, llamaremos Mente a ese sí-mismo y no lo confundiremos con las operaciones de la conciencia o con ella misma.» (Silo, 2018: 11).

En el libro “Meditación trascendental” (Van Doren, 1973: 85) se dice sobre la conciencia objetiva: «Un nuevo supuesto estado en donde *las diferencias que advertimos entre las cosas y la conciencia desaparecen*. Y en donde de acuerdo a ese nuevo estado, todo mentar iría a la raíz profunda de las cosas, trascendiendo las apariencias que las cosas mismas tienen.» (lo destacado es mío.)

Según esto, y según la comprensión de que **la propia conciencia individual es un significado producido por la conciencia**, y por tanto de dudosa existencia por sí misma, en la conciencia objetiva es donde radica realmente “La Conciencia”. No hay conciencia individual ni individuo de ninguna especie *per se*. Sólo hay el Ser (Tao, Dios, etc.¹⁸). Esta experiencia corresponde al paso 12 de la Disciplina Mental: “Ver en uno y todo, lo mismo” (Van Doren, 1973: 196). Se abandona toda forma mental, todo acto y objeto, todo dentro y fuera, todo dualismo, todo pensar por diferencias. *Se experimenta como el registro de ser absolutamente todo lo existente, en cualquier lugar y tiempo, en un mismo instante*. Toda la energía de lo existente en un instante, una comprensión total.

¹⁸ El nombre que se le puede dar varía de una cultura a otra, porque en el fondo, tal como dice la primera oración del Tao Te Ching, «El Tao que puede expresarse no es el Tao permanente» (Lao Tse, 2006: 383).

Conclusiones

La identidad no es algo inherente a los objetos ni a las personas, sino una forma de organizar los fenómenos para poder relacionarse con ellos. La conciencia, mediante su intencionalidad característica, adjudica por necesidad identidades a los objetos que la rodean y a sí misma, y mediante esta identificación puede actuar en el mundo transformándolo.

La identidad individual no es algo que viene dado, sino algo en transformación permanente, merced al propio devenir y a la acción constante de la conciencia. Si comprendemos esto, podemos intentar operar intencionalmente sobre nuestra propia identidad, ganando en libertad y en capacidad de decisión sobre qué queremos ser, cómo queremos actuar, etc.

Las experiencias trascendentales, en donde desaparece la individualidad, confirman estas hipótesis, debilitan la “dictadura de la identidad dada” y abren el futuro a la creación de la identidad propia como proyecto vital, más allá de la existencia actual.

Al principio del escrito se dice: «La reflexión sobre la propia identidad es en definitiva una reflexión sobre quién (o qué) soy». Como anticipamos, no hay una respuesta definitiva a esta pregunta, pero siendo coherentes con el desarrollo completo del escrito, una posible respuesta es que merece la pena intentar ser aquello que uno quiere, sin limitar nuestras posibilidades.

Sintetizando

Elmor se despertó sintiéndose raro; se miró las manos que hormigueaban y no las reconoció como suyas. La noche anterior había estado mirando la luna llena absorto y en un momento creyó que se había quedado dormido, pero curiosamente una vez dentro de la caverna con los demás le costó dormirse.

Por la mañana, salió de la caverna sintiéndose particularmente liviano, y se sentó sobre un tronco caído a disfrutar de los rayos de sol que se colaban entre las nubes. Al poco salió la niña Jora y se puso a jugar con unas ramas que había en el suelo. A cierta distancia había un árbol encendido, tal vez por un rayo que cayó durante la breve pero intensa tormenta nocturna. Estuvieron así un rato hasta que de pronto apareció un tigre enorme. Elmor sintió mucho miedo por él, pero más aun por la niña. Sin pensarlo, en un acto completamente absurdo e incomprensible, saltó hacia el árbol y arrancó rápidamente una rama encendida. Con ella en la mano se interpuso entre el tigre y la niña. El animal salió huyendo, mientras la niña miró a Elmor con una extraña mirada, mezcla de agradecimiento, comprensión y satisfacción. Entonces Elmor tuvo un atisbo de comprensión: ni él era Elmor ni era nadie, ni la niña era la niña ni nadie, pero él podía ser la niña o incluso el tigre. Y por último, ¿Quién le había susurrado la idea de la rama encendida?

Ese día la historia del clan, y quién sabe si del universo, cambió.

Anexo: la moral intencional

El bien y el mal también son construcciones intencionales. No es algo que venga dado junto con las acciones, sino una lectura intencional que se hace de ellas. Uno puede defender aquello que cree que está bien, asumiendo que es una elección personal, y que por tanto otras personas pueden hacer otras elecciones diferentes. No hay ningún derecho a imponer a otros la propia elección de lo bueno.

Este es un tema a desarrollar en otro trabajo.

Bibliografía

- Ammann, Luis (1991). *Autoliberación*, Plaza y Valdés, México.
- Brentano, Franz (1874). *Psicología desde el punto de vista empírico*.
- Capra, Fritjof (2007). *El Tao de la física*, Sirio, Málaga.
- Descartes, Rene (1986). *El discurso del método*, Editex, Buenos Aires (original 1637).
- Husserl, Edmund (1997). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica* (trad. José Gaos), FCE, México.
- Jung, Carl (1955). *El secreto de la flor de oro*, Paidós, Barcelona.
- Lao Tse (2006). *Tao Te Ching. Los libros del Tao*, Trotta, Madrid.
- *Majjhima Nikaya* (1999). *Los sermones medios del Buddha*. Kairós, Barcelona.
- Ortega y Gasset, José (1984). *Meditaciones del Quijote*, Cátedra, Madrid (original 1914).
- Pompei, Jorge (2008). *Método estructural dinámico*, Centro Mundial de Estudios Humanistas, Buenos Aires.
- Silo (1989). *Humanizar la Tierra*, Plaza y Janés, Barcelona.
- Silo (2006). *Apuntes de psicología*, Ulrica, Rosario.
- Silo (2018). *Seminarios del 80*, Ed. León Alado, Madrid.
- Toynbee, Arnold (1970). *Estudio de la Historia – Compendio*, Alianza, Madrid.
- Van Doren, H. (1973). *Meditación trascendental*, Ed. Transmutación, Buenos Aires.